

EL FÍGARO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo III

SAN SALVADOR, DOMINGO 10 DE NOVIEMBRE DE 1895

Num 1.

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi Víctor Jerez

Co-REDACTORES:

J. Antonio Solórzano Isaías Gamboa

En noviembre

I

Gimen en torres cristianas
melancólicas campanas,
y los vientos
traen de ignotas regiones
tristes ecos de oraciones
y lamentos.

*

Hoy al cielo suben preces
y se agitan los cipreces
funerarios;
Hoy visitan, sollozantes,
los espíritus errantes
los osarios.

II

En otros tiempos gozaba,
cuando en mi pecho abrigaba
sólo amores.....
Tiempos que breves pasaron
y que al volar me dejaron
sinsabores.

*

Hoy mi corazón casando
no palpita entusiasmado;
se extremece
lejos del bien que no alcanza,
y enfermo y sin esperanza,
desfallece.

III

En derredor de las rosas
vagan ya las mariposas
irizadas,
y, cual alas de querubes,
en el cielo cruzan nubes
nacaradas.

*

Vuelven ya las golondrinas:
en los nichos y en las ruinas
habrá nidos,
en los campos habrá flores
y en las almas habrá amores
bendecidos.

J. ANTONIO SOLÓRZANO.

En "Venecia"

Después de media hora de camino y al volver de un recodo, á través de una nube de polvo que nos envolvía, divisamos en el fondo de la llanura, defendida por espesas cercas, la casa de campo de la hacienda, como perdida entre la arboleda, como jugando al escondite, traviesa, entre el cinturón de flores del jardín que la circuye. Y á la caricia del viento, desde lo alto de los follajes, flameaban en el ambiente claro y transparente, las banderolas y los gallardetes, y hasta nosotros llegaban, vagarosas, confusas casi, las notas del wals *Gente Alegre*, que ejecutaba la Banda de los Altos Poderes.

Y esas fueron las primeras impresiones, recibidas desde el camino, á cuatro cuadras de la coqueta casa, en donde había ido á refugiarse, en aquel martes de verano, el mundo elegante de San Salvador; en donde la alegría, esa maga decidora y opulenta, hacía derroche de sus dones preciados.

Y seguimos andando, internándonos en la llanura. Eramos cinco los del grupo. Cuatro escritores y un gallardo General, que nace quintillas y derrocha la sal de su ingenio.

Por fin llegamos. En la plazuela, frente á la verja del jardín, formaban larga fila los carruajes desenganchados. Corría, de un lado á otro, el escuadrón de criados, de blanco delantal y gorro azul. Y por allí descubrimos la barba redonda y plateada y la calva naciente del amable Justo Armas.

Echamos pie á tierra ¡Qué gozo!
At home!

Es una monería esta finca "Venecia." Una Venecia ideal, cuyos canales son anchas calzadas enarenadas, sombrosas; cuyos mares tranquilos, son mares de verdura, mares de flores, que se dilatan en olas de aromas. Va la góndola nácar, que tripula un ángel blanco con las alas abiertas, sobre alfombras mullidas de césped, bajo un cielo color de "no me olvides." El jardín que ciñe la casa, es una coquetería. Aquí, una gran mancha de violetas. Allá, un sembrado, un *parterre* completo, tupido de jazmineros, nevados de flores. Y mas allá, el robusto rosal llenode rosas: la macolla verde, de donde surgen las azucenas de nie-

ve: la parra de madreselvas: la pincelada amarilla de las margaritas... Y el viento mueve los ramajes tupidos y murmura estrofas, al colarse entre las ramas, en que el nido está desierto, y en las que los pájaros brincan, nerviosos, de rama en rama, mientras las perlas del canto se desbordan de sus flautas de ámbar. Un surtidor destrenza el agua cristalina que surge, entre el claro de un ramaje y el polvo de agua, bajo la luz dorada del sol, toma un aspecto delicado, de puñado de diamantes diminutos arrojados por la mano de una hada. En un extremo, un cisne gallardo chapucea en la onda glauca, mientras agita las alas breves, como queriendo volar. Desde los balcones altos, desde las azoteas, se domina todo el jardín, tendido indolentemente bajo el sol tibio, con sus avenidas, sus *parterres*, sus glorietas, sus sotos, sus grupos de árboles. ¡Viva la alegría, con tal que siempre busque refugios así!

En tanto, la orquesta ritmaba sus notas y las parejas se deslizaban, en ondas de encajes, de gasas, de aromas. Las notas, escapadas, huían revolando, inquietas y libres, á refugiarse, á disolverse en el éther. Y hacía coro á la nota que se iba fugitiva, la risa argentina que estallaba, el *frou-frou* de la seda que rozaba la alfombra, el crujido de una falda, el aleteo inquieto de un abanico que se cerraba y se abría, el timbre delicioso de una frase murmurada á media voz y con monería.

Honraron la fiesta con su presencia, las señoras: Mercedes de Meléndez, Enriqueta B. de Palomo, Dolores de Castellanos, Clara de Bonilla, Rafaela de Alarcia, Concha de Barahona, Tránsito de López, Isabel de Gavidia, Elena de Drews, señora Gómez de Rodríguez, y otras respetables matronas cuyos nombres se escapan á mi pluma.

El cuadro de señoritas fue escogido. Derramo á los pies de todas esas vencedoras, mis cestos de flores, cogidas en los vastos jardines de mi entusiasmo, al despuntar del alba. Para U., María Drews, una sarta de mirthos. Para U., Josefina Sagraera, un ramillete de claveles húmedos. Para U., encantadora y deliciosa Cordelita Guirrola, el azahar tierno, la gardenia que se esponja al beso primero del sol. Y para U.? Y para U.? Para todas vosotras, Teresita Drews, Elvira Sagraera, Leonorcita Meléndez, Mercedes Bonilla, Ernestina Urrutia, Marieta Dárdano, Albertina Stich, Sara Meléndez, María Alarcia, Clotilde Fiallos, y para todas las que con pesar de mi alma no recuerdo, traigo flores en mis cestos. Cojed ahí, las que por derecho os pertenecen. Para la pálida: la rosa de thé. Para la rubia: el gajo de violetas pudorosas, que semeja un racimo de ojitos azules. Para la morena: el clavel sangriento que estalla de orgullo y de frescura.

La hora de almuerzo estaba al gusto de los invitados. Y voy á confesarlo, á mi pesar: nosotros fuimos de los primeros en tomar posesión de una mesita, que se guarecía bajo la sombra protectora de unos almendros floridos. Y era un punto dominante. El comedor lo arreglaron, con exquisi-

to gusto, en una arboleda. Y no puede habersele ocurrido al siempre culto y siempre activo Justo Armas, idea mejor. El *menu* servido fue un *menu* aristocrático, hecho para estómagos delicados y paladares finos. La frescura del campo despertaba el apetito. Y se hacía un ataque formal á los platos, que los criados servían diligentes. Los vinos eran de marcas escogidas. Ante todo: el *Chatre Iquem* era exquisito. A la hora de los postres, comenzaron las salvas del champagne, ese heraldo de la alegría, Lohengrín rubio que navega en góndola de cristal. ¡Plooooc! Y saltaba bizarro el corcho que encadenaba el gáznate de la botella obesa y saltaba la espuma blanca, en borboto- nes. No hubo brindis. El brindis mejor fue el entusiasmo y la franqueza que reinaron en las mesas diseminadas, al ocaso, en todo el rústico comedor.

A las dos y media de la tarde, se levantaban de la mesa, y en más de algún cerebro revolucionaba la nidada, el alma maligna del *Veuve-Cliquot*. Y el baile siguió, hasta las cinco y media de la tarde, hora en que comenzaron á regresar á la capital los concurrentes. Y era de verse el desfile de los carruajes y de los grupos de caballería.

La fiesta organizada por los señores Ministros de Estado para festejar en su natalicio al apreciable General Presidente Gutiérrez, ocupará lugar prominente en los anales de nuestras fiestas elegantes.

Y debemos estar todos satisfechos.

CONDE PAÚL

Octubre 27.

Go a head !

Caminaba por un sendero estrecho, escarpado á interminable, situado entre dos abismos, cuando vi destacarse, envuelta en la sombra, una bella visión blanca, sonriente, que se aproximaba á mí con rapidez.

—Para dónde vas, atrevido mortal?—me preguntó el fantasma.

—Voy hacia el final de este sendero, á sufrir un castigo por no sé qué pecado por mí cometido, al cual estoy condenado desde que abrí los ojos en este inmenso caos. A veces las fuerzas se me agotan, creo desfallecer; pero una fuerza, para mí desconocida, me empuja y una secreta voz me grita siempre: ¡adelante! Decidme: ¿de dónde vienen esa fuerza y esa voz?

El fantasma me miró con estrañeza y, haciendo una horrible mueca, desapareció. Aquilón desató sus negras alas; el cielo se nubló; los guijarros se estremecieron; el viento rugió entre la arboleda como un monstruo desalado que anuncia ruina y desolación.... Todo parecía hundirse bajo mis pies, cuando del fondo de los abismos, salió este grito terrible: ¡ADELANTE!

LUIS LAGOS Y LAGOS.

Madre!

Madre! Te invoca mi alma
 ¡Oh dulce madre mía!
 Tú eres lo que hace falta á mi existencia,
 Porque tú eres la esencia de mi vida.
 Eso que busco ansioso,
 Con locura infinita,
 Sin poderlo encontrar; algo que pueda
 Traer aliento al corazón que expira;
 Miradas de ternura,
 Inefables sonrisas,
 Besos dulces, muy dulces, empapados
 De lágrimas que vierten las pupilas;
 Abrazos que conmueven,
 Halagos y caricias;
 Palabras que mitiguen la amargura
 De las tristezas íntimas;
 Mucho cariño. . . . tanto
 Como mi alma sensible necesita.
 Todo esto, en que se junta lo más dulce
 Que haber puede en la vida,
 Esto, que busco ansioso y no lo encuentro,
 Se ha quedado contigo, madre mía!

*
 ¡Oh las ansias sin nombre!
 ¡Oh las enfermedades que aniquilan
 El corazón! La pálida nostalgia,
 Silenciosa enemiga
 Que vierte en nuestros labios
 La copa de su acíbar,
 Veneno que consume lentamente
 Las fuerzas misteriosas de la vida.
 ¡Cuál sueña mi alma triste,
 Viendo en sus noches, tétricas y frías,
 El cielo de la patria,
 Bello y azul; el río, la colina
 Donde jugué de niño; las mañanas
 Llenas de luz. . . . las noches pensativas.
 Y allí, en el hogar, junto á la lumbre,
 Todos los que componen la familia:
 El padre, cuyos labios dan consejos,
 La madre, cuyos ojos acarician,
 Los pequeños hermanos
 Y la hermana querida!
 Y yo, en tanto, me muero de tristeza,
 Y mi esperanza, débil, agoniza,
 Cual la luz de una lámpara olvidada
 En la iglesia sombría.

*
 Si te viera yo ahora.
 ¡Oh inefable delicia!
 ¡Oh delirio de mi alma sin ventura,
 Aspiración divina!—
 Me colgara á tu cuello,
 Ebrio y loco de dicha;
 Te besara la frente,
 Los labios, las mejillas,
 Y lloráramos juntos,
 Lloráramos de gozo, madre mía!
 Después yo te contara
 Todo lo de la ausencia: las espinas
 Que he hallado, yendo solo, en un camino
 Que yo no conocía.

Ese viaje en la sombra,
 Sin una voz amiga
 Que me infundiera aliento
 Cuando cansado iba:
 Ni una estrella en el cielo,
 Y cerca, la honda sima
 En cuyo fondo negro su derrumban
 Tantos desventurados de la vida.
 Te hablara dé mis penas,
 De mis batallas íntimas,
 De mis noches más lóbregas y tristes,
 De mis acerbos días,
 De todos mis recuerdos de otro tiempo,
 Y de mis esperanzas más queridas,
 Aquellas esperanzas
 Que se fueron, diciendo que volvían.
 Y habláramos de Edda,
 "Mi santa prometida",
 El sueño más hermoso de mis sueños,
 La más dulce ilusión del alma mía.
 Luego, como agotadas las palabras,
 Y como quien medita,
 Calláramos los dos por largo espacio,
 Pensando en cosas inefables, íntimas:
 Cual si nos admiráramos
 De la suprema dicha
 De habernos vuelto á ver, tras una ausencia
 Prolongada y sombría.!

*
 ¡Oh madre de mi alma!
 ¡Oh vida de mi vida!

ISAÍAS GAMBOA.

1º de Noviembre

A Pedro F. Tablada.

Hoy es el día consagrado á los muertos. Vamos al cementerio, á hacer una visita á esos seres desaparecidos. Vamos á ver al amigo que nos precedió en el viaje á lo desconocido. Quien á ver la cuna de tierra de la madre ó del padre, quién la de la hermana, quién la de la novia; y es visita de etiqueta la que hacemos unos, visita de puro pasatiempo la de otros. A unos nos lleva el recurrdo santo del deudo que allá reposa; á otros la mera curiosidad, el deseo de ir, él también, á donde va todo el mundo. Y unos llevamos la ofrenda de cariño puro: la corona de inmortales, mojada de lágrimas; el collar de siemprevivas; el dolor mudo, en el alma. Y Ellos, llevan el placer del que no va á hollar tierra que ha absorbido algo del barro que la ha formado. Lleva el clavel rojo en la solapa y abrochoda hasta el cuello la levita irreprochable, y sonrén y hablan jovialmente.

Es esta que hoy celebramos una fiesta triste. Los sepulcros, llenos de coronas, llenos de flores encresponados, como que esperan á alguien. Y las calzadas arenosas se ven llenas de gente. Un grupo lee aquí un epitafio; allá, otro, curioseá en un nicho humilde, oculto bajo coronas de ciprés. El viento agita las cintas vaporosas de un sombrero, juguetea travieso en la madeja tupida de una cabellera, mueve las lazas

de crespón que atan las guirnaldas ó el tul leve que envuelve los brazos de una cruz de mármol ó cubre á un ángel de bronce que suena su trompeta. Mueve, el viajero incansable, los follajes de los cipreses y los pinos, y produce un murmullo como de oraciones que se apagan lentamente, al enredar sus alas entre las ramas. Se escucha un rumor como de colmena. Aquí una frase entrecortada, una risa contenida á viva fuerza, un lamento ahogado, una lágrima que rueda silenciosa ó se queda temblando en el extremo de unas pestaña espesa, el roce silencioso de una falda de seda, el crujido de la arena ordinaria bajo la suela fina de unos zapaticos. . . . Y un observador encuentra allí pasto para su sed de observación. Y el curioso, encuentra un extraño modo de pasar el rato. Y un cronista, que corre á caza de notas para sus *revues*, encuentra motivos deliciosos. Y el poeta objeto para sus rimas y sus elegias. Y nosotros, los dolientes, los que vamos al cementerio por algo que allí tenemos, encontramos motivos de dolor, que nos arrancan lágrimas. Una madre, que cuidadosa, vela al lado del sepulcro del hijo querido; una hija, llorosa, enlutada, que compone el nicho humilde de la madre. ¡Qué de sensaciones tristes! ¡Qué de hondas impresiones! Ante esos cuadros de dolor, el alma se arrodilla y el labio intenta murmurar una oración. Lo sobrecojen estas escenas tristes, en medio de la despreocupación de tanto indiscreto que allí va á sorprender y talvez á divertirse con el dolor de muchos. . . .

Y el cielo limpio, cobija el cementerio, que va quedándose solo. El Sol, en su ocaso, lanza su madeja de rayos débiles, opacos, que doran levemente la hojarasca de los árboles que se marchitan. Las montañas se hunden en las sombras. El viento murmurando en los pinos y en los cipreses su estrofa tétrica. . . .

El cementerio queda solo por fin. El guardián cierra pesadamente la puerta de la verja. La noche lo ha cubierto todo con su velo negro.

Y entonces se murmura con Becquer, al ver aquel lugar abandonado, triste; aquellos sepulcros adornados; aquella luna hermosa que desde el cielo negro baña con su nota pálida los sepulcros de mármol, los ángeles de bronce, las columnas de granito:

“Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!”

ARTURO A. AMBROGI.

En un album

Amigo soy de historias; y al intento
De dejar mi deseo bien cumplido,
Yo voy, Victoria, á referirte un cuento
Que leí. . . . no sé donde lo he leído.

Era una selva misteriosa, umbría,
De flores mil prendida, que risueñas,
Mirábanse en la fuente que corría,
Amores murmurando entre las breñas.

Cabe modesta gruta, muy modesta,
Alzabase una flor sencilla y pura,
El encanto y la luz de la floresta,
La reina de la selva y la hermosura.

Cundió su fama y adquirió renombre,
Pues los ecos del bosque al darle vida,
A la rica y gentil mansión del hombre
Lleváronle en sus alas suspendida.

Y disponen magnates poderosos
Festejar á la reina de las flores,
Y al concurso dirígense afanosos,
Mil riquezas llevando, y sus amores.

Reyes apuestos, príncipes galantes,
Pleito-homenaje ríndenle extasiados,
Y ante su tallo ruedan mil brillantes,
Topacios y rubíes apiñados.

Contrastando riqueza y poderío,
Ser desmedrado y harapiento y triste,
La lira á espaldas, el mirar sombrío,
Llega, se postra, y al concurso asiste.

Pulsar quiere la lira, mas en vano;
Pues al mirar de cerca aquel portento,
Conmovióse su sér, tembló su mano. . . .
Rompió la lira. . . . y resonó un lamento!

Si de este cuento bajo el claro prisma
Mi intención conocer quieres, Victoria,
Mira tu álbum y mírate á ti misma
Y aplica la moral de aquesta historia.

1892

CIRRUS.

Noviembre

A Alonso Reyes G.

Es el mes de los muertos. Sus “palacios de mármol”, sus cruces de madera, se ven un día llenos de flores y de lágrimas. Algunos no tienen ni lágrimas ni flores.

Los que duermen allí, no tendrán madre, como pensó el poeta.

Yo, en años anteriores, me he juntado con algún grupo de negro, que avanzaba lentamente al cementerio. Aquí lo he hecho. Allí en el Cauca lo hacía también. Aquí, he hallado en las lápidas, en las cruces, nombres desconocidos casi todos. Hay algunos que sí los conozco; y hay, allá entre un manojito de flores, un sér muy pequeño, que apenas vivió, á quien yo quise mucho, y no lo ví morir. Es el primer fragmento de mi corazón que queda aquí. ¿En dónde irá á quedar lo que aun tengo de mi corazón?

Esto de un cementerio me extremece y me atrae. Ya he dicho que en el Cauca iba también.

Recuerdo que la víspera de venirme, fuí, á la caída de la tarde, á despedirme de mis muertos. Y dejé una tarjeta en una tumba y arranqué en cambio una flor amarilla que aun está en mi cartera.

Conozco el cementerio de una aldea en que el cantor dijo que estaba enterrada la amada de su corazón. ¡Quién sabe! yo busqué entre las zarzas y no hallé la cruz de hierro, ni el nombre de *María*.....

Este mes de Noviembre es doblemente triste para mí. Sus brisas me traen olores de tumbas, y ecos en que percibo un *adiós*.

Un día de este mes nació en mi pecho la flor de la felicidad. Otro año, en la misma fecha, esa felicidad murió. El túmulo está en mi alma. Pero... á veces siento que algo se mueve allí; y una corona de ciprés echa retoños verdes. Si no era la muerte... ¡qué largo ha sido el sueño!

Yo he pasado casi todo un día al pie de un sepulcro. La gran lápida ostentaba un relieve magnífico y simbólico: lira, espada, balanzas, corona de laurel... y un nombre: César Conto. ¡Qué pensé yo al frente de esa tumba? ¡Ah, mi patria! ¡La muerte así, solo, en una tierra extranjera! Me alejé de allí triste, profundamente impresionado.

Un cementerio es un mundo muerto que me habla.

ISAÍAS GAMBOA.

A Cipriana

Yo padecía de tristeza: de la tristeza dolorida de los que no han saciado su sed de ensueños, en las divinas claridades de las almas vírgenes. Yo estaba en el horno negro, cuyo ardiente mal sano calor, evaporaba las codicias de anegarme en la luz de las purezas adorables.

Desnudo, en la tiniebla de las soledades del corazón, bebí el brevaaje espantoso—destilado de las pesadillas—que atosiga el pecho; lancé á los cuatro vientos los átomos de mi alma y al fin de la jornada, mi yo—extraído por incesantes chupamientos de la sombra—se encontraba perdido en regiones agrestes y amarillentas, que el pensamiento errante é incierto no imagina.

El infinito desolado me hacía señas. Yo iba á él, entre ásperos despeñaderos y crueles abrojos.

A la mitad de mi camino y cuando los ortos pesarosos, derramaban sus desesperaciones lívidas, me he detenido á descansar. Por las grietas de la amargura que se rompía, ha aparecido las soñadas claridades.

Mi yo vuelve á mi. La negra llanura—vuelta más luminosa—canta el himno de las dichas artificiales—¡las únicas verdaderas!—con la voz de las cosas sin alma, voz, la más dulce y armoniosa.

En la celeste cuádriga, que me lleva con la velocidad de los *misereres* angelicales, al palacio de marfil donde habita la niña hechicera.

He sacado mi bocina y he herido el viento con el clamor de mi llamada ardiente y llena de esperanzas.

¿Responderá "la divina y blanca mujer?"

ORESTES

San Salvador, 1895

Esquela de luto

Noviembre! Noviembre!.....

Bien venido, amigo lúgubre, con tus dobles de campanas y tus noches medrosas y frías, noches de los cuentos fantásticos, de las brujas y los aparecidos.

Bien venido tú, que alfombras de siempre vivas é inmortales la grama que crece lozana y libre sobre los sepulcros pobres y en el mármol de impecable blancura de los túmulos ricos, prendes la corona de porcelana y la costosa guirnalda de rosas.

Bien venido tú, cuyo soplo cálido hace rodar de lo alto de los árboles la hoja seca que vacila en la rama, y acurrucarse temblorosos, todos tímidos, á los pájaros en sus nidos.

Bien venido Noviembre, mes triste, mes de la melancolía, mes de los amados muertos, mes de las campánulas moradas y de las golondrinas grises.

Bien venido el mes de los amaneceres frescos y pálidos, de los crepúsculos de oro y grana...

Desde lo alto del campanario se desata una oleada de dobles. La campana gime. Pasa el viento sollozando. El cielo está triste. El sol, opaco. Noviembre!

Ah! Y hoy tengo que llevar al cementerio una corona. Tengo que buscar, entre tantos túmulos y tantas cruces, una cunita de tierra. Para ella, esta corona que de rosas y jazmines, ha formado la mano cariñosa de una madre y han salpicado las lágrimas de muchos deudos! ¡Cristina, Cristina mía!

A ti, viejo Noviembre; á ti, guardián fúnebre; á ti, amable Leviatán de las almas errantes, á tí te recomiendo esta corona de flores frescas. Cuídala, y cuando las flores se marchiten, evita que tu fuerte viento se lleve en sus alas los pobres pétalos secos. Y... No hagas ruido. ¡Qué Cristina no se despierte!

ARTURO A. AMBROGI

Noviembre 1º

Noviembre

Debilitados los vientos, ha quedado una brisa errante que ni silba ni doblega enteramente los cayados del cañaveral. Brisa fresca, agradable, como aliento de un querub ó como la que arrancara, al pasar, algún espíritu, ó el leve cendal de alguna hada.

Va á amanecer. Ya se comienza á ver el pálido oleaje de la luz primera que va enrollando el denso manto de las sombras. La línea del crepúsculo se enrarece y quedan dos regiones portentosas: noche y día, pasado y venidero, luz y sombra. En medio, la gama de la penumbra. A un lado, algo que se va; al otro algo que viene.

Allá, sobre la brillante línea del horizonte, la atmósfera fabrica barcos y finge ejércitos, de arreboles y nubes cenicientas que van en pos del emperador el Sol. Los bosques y los montes lejanos y redondeados como esferas incrustadas en la superficie terráquea, presentan el dorado lila en un hemisferio y el azul obscuro en el otro. Entre tanto se escucha el triste arrullo de la torcaz y el agudo clarín de los pinares.

La brisa errante continúa Soplando.

* * *

Describiendo círculos concéntricos, las golondrinas lanzan su chillido burlón al propio tiempo que del tumulto de las procesiones emanan las avemarías de la mística creencia. Al Oriente, la conchaperla de la luz cambiante; hacia el ocaso la sombra fresca y apacible salpicada de copos blancos como los espacios de un escrito impreso visto horizontalmente; blanco y negro, tumbas y luto. El sentimiento arrodillado ante las cenizas donde palpité un alma. Es un cementerio.

Amarrada al tronco de dos cipreses, la brisa del norte mece la Cuna de Noviembre, el mesías melancólico predicador de los recuerdos tristes, que llegan á lo más recóndito del corazón, para arrancar las lágrimas más tiernas que salen al compás de los temblorosos suspiros.

El nuevo mesías seguirá su marcha entre geranios, terebintos y azucenas, quebrando con sus pies las hojas secas del camino, mientras los ángeles entonan en el cielo la lúgubre canción de los difuntos.

SALVADOR DÍAZ.

Un paseo de campo

El día veintitrés de octubre
Cinco amigos nos juntamos,
Y con mil dificultades,
Andando arriba y abajo,
Contando con los amigos
Y buscando por los barrios,
Pudimos por fin reunir
Cuatro mulas y un mal macho.
Pusimos los aparejos,
Y una vez encaramados
En nuestras cabalgaduras
Y estando todo arreglado,
Rompimos la marcha juntos
Dirigiéndonos al campo;
Pero al romper dicha marcha
Principiaron los trabajos.
Aquí se rompe una cincha,
Y empiezan los comentarios. . . .
¡Que no supiste amararla. . . .!

¿Dónde tenías las manos?

Si yo no la aparejé!

Si el criado así me la trajo!

Yo creo que esta montura

Se deshace por pedazos!

Y con dimes y diretes

No adelantábamos paso.

La cincha por fin compuesta,

El más viejo, dijo: vamos

Que se nos hace muy tarde

Y. . . . tengo ganas de un trago

Más contentos que unas pascuas

Todos á la vez versando

(Se me olvidaba decirles

Que iban cuatro literatos,

Y el otro que no lo era

Hacía versos por contagio

Y como los escritores

No saben ir á caballo,

Uno de ellos, el más joven,

(Por cierto un chico muy guapo)

Nos hizo de reir mucho,

Por que fuimos reparando

Que enseñaba el pobrecito

Los calzoncillos muy blancos,

Por causa que el pantalón

Se le había remangado.

¡ Qué trote tan infernal

El que llevaba su macho,

Pues creo que al infeliz

Le deshizo los reaños!

Y con una que otra broma,

Caminando los muchachos

Hemos llegado á "Venecia"

A cuya casa de campo

Estábamos con deseos

De llegar para apearnos.

Y una vez puestos allí,

Que todos nos desmontamos

Que quitamos las monturas

Y las metimos al cuarto;

Que á nuestras cabalgaduras

A un potrero las echaron

Nos dirigimos al baile,

Y absortos de tanto encanto,

No tuvimos más remedio

Que quedar como encantados,

Pero al fin salir pudimos,

Gracias á las exigencias

Que nos hacia el estómago,

Entonces, todos juntitos,

Fuimos á tomar un trago,

Y como suele decirse,

Casi siempre en estos casos,

Que no es posible estar juntos,

Nos separamos al cabo.

Con un saludo gracioso

Y la sonrisa en los labios

Nos fuimos poquito á poco

Cada uno por su lado.

Y no les pude ver más,

Hasta que les vi almorzando.

Ah! Por tener compañera

Ya no pude acompañarlos!

Me llamaron la atención,

Con las copas en la mano
 Desde el punto que almorzaban
 Y yo les hize otro tanto.
 Hos hicimos un saludo
 Y el contenido tomamos:
 Luego yo me levanté
 Y ellos alli se quedaron,
 Y ya no les volvi á ver,
 Hasta que fuí por el rancho
 Donde estaban las monturas
 Y los vi muy sofocados:
 Que á mí me faltó la mula,
 Y á mí me faltan los trastos.
 "Ese freno es de mi bestia,
 No señor, que es de mi macho";
 Con estas y otras contiendas
 Y otras cosas que me callo,
 Porque no quiero, lectores,
 Con ellas ruborizaros
 Pasé un rato muy bonito,
 Y en este bonito rato,
 Me fué ocurriendo la idea
 Que fuera á faltarme algo.
 Pronto busqué mi montura,
 Y al estar ya cersiorado
 Que no se había perdido,
 Fuí al potrero de abajo
 En donde estaba mi mula
 Y la traje para el patio.
 Después que la aparejé,
 Voy mirando que los carros
 Preparaban los cocheros,
 Enganchando los caballos.
 Me puse á buscar entonces
 A mis cuatro literatos;
 Busquélos por todas partes
 Como no pude encontrarlos
 Y haciéndoseme ya tarde
 Se me hizo necesario
 Volver á San Salvador.
 Y al llegar á Soyapango,
 Veo á unos cuatro jinetes
 Que marchaban muy despacio.
 Los llamo. . . Me reconocen,
 Y se quedaron parados.
 Y veo que son mis amigos,
 Y los cinco nos juntamos.
 Ya no hubo novedades
 Que yo pueda relataros.
 Al llegar al Salvador
 Tuvimos que separarnos.
 Y cuando llegué á mi casa
 ¡Que de recuerdos tan gratos!
 Venecia con sus jardines
 Con sus casas, con sus prados,
 Con aquellas lindas niñas
 Que vi en el salón bailando,
 Con una gracia dispuesta
 Para enloquecer á un santo,
 Y así pensando me encuentro
 En mi sofá raclinado,
 Gozando con los recuerdos
 De tan gran día de campo.

EL GENERAL

Anotaciones

François Vernantes, es para los lectores asiduos del autor de los *Ensayos de Psicología Contemporánea*, una persona muy conocida. En *Pastels y Nouveaux Pastels* le hemos tratado y á las veces hemos sentido sus desfallecimientos, sus timideces y hemos recordado tiempos felices y tristes de la infancia.

En efecto, Vernantes, por los fragmentos que de su diario nos ha dado á saborear el maestro, se nos presenta como hombre dotado de un dualismo en el cual luchan una superioridad y una insuficiencia extraña. Hombre acosado por el afán de someter á un análisis minucioso todo lo que en su alma pasaba, en la cual combatian por vencer, nervios de mujer, resoluciones de carácter y timideces de burgués. Quizá de esta lucha que se libraba en su interior provenia la incapacidad para obrar de que era objeto cuando necesitaba de sus fuerzas al acometer una empresa, mayor aún, si de mujeres se trataba. La imaginación de su vida interior, absorbía, por decirlo así, todas sus facultades; y es ésta la causa principal de todos sus sufrimientos y todas sus derrotas.

Cuando se encontraba cansado por el malestar intenso que producian en su alma los dolores pasados, no tenía más remedio que escribir en el memorandum de su vida muerta, pues solamente con la pluma en la mano era como podia encontrar alivio. Recurso favorito de las almas adoloridas para las cuales no son bastante, lo que en el mundo se llaman afectos, y que para curarse apelan al consuelo de ver escritas en mal trazado diario todas las peripecias que en el mundo sufrieron, víctimas de influencias extrañas, á las cuales les fue inútil sustraerse.

Sus escrúpulos, casi siempre se hacían sentir cuando todo obstáculo había sido vencido y se encontraba, en capacidad de gozar de su obra. Entonces quería analizar el nuevo estado en que se encontraba y era presa de un decaimiento, en cuyo fondo se dejaba ver esa palabra que hace la pesadilla de los espíritus débiles: la responsabilidad.

Era tal su neurosismo, que para él, un gesto, una mirada, despertaban en su interior estados de simpatías ó de antipatías más fuertes que los que generalmente producen actos sobre los cuales hemos reflexionado muchísimo ó que envuelven una grande importancia. Y lo llevaba á tal situación esta manera de sentir, que no disfrutaba de momentos más agradables que en los que experimentaba una de estas sensaciones.

Después de seis meses de amores mudos con una joven, y motivada por unas palabras de ésta, se encuentra en la alternativa de pedir su mano ó abandonar su amistad. Y qué tormento! Apeló á una amiga suya, gran conocedora de asuntos amorosos, y acogió la indicación de salir de París, yéndose á visitar la Italia, donde permanecía horas enteras, extasiado ante el *Juicio final* de Fra-Angélico, pintura casi sin formas que tan bien cuadraba á sus sentimientos. Vuelto de su largo viaje, encontró á su antigua amiga, viuda; y un presentimiento le anunció que tal vez en esa oca-

sión la felicidad estaría con él, y en sus momentos de entusiasmo llegaba hasta recitar estos versos de Sully Prudhomme:

Tu t'assieras l'été, bien loin dans la campagne,
En robe claire, au bord de l'eau
Qu'il est dona d'emporter sa nouvelle compagne
Tout seul dans un pays nouveau.

Mas esto no era sino pura ilusión y no le quedaba á aquel *rêveur* otro camino que tomar la pluma para adormecer sus enfermos nervios.

Maurice Barrés, el analista de *L'Ennemi des Lois*, hecho á estos gustos, pidió al depositario del diario de Vernantes nuevos fragmentos, y éste, no haciendo esperar, dió á luz *Un Scruple*, monísimo tomito salido de las prensas del editor oficial de los parnasianos franceses.

Una noche buena se reunió Vernantes con algunos amigos en un restaurante y después de cenar acompañados de muchachas alegres, fuese con una de ellas á pasar la noche. Era una provinciana que vivía con una hermanita suya.—Al llegar al cuarto reparó Vernantes en un zapato que se hallaba cerca de la cama y supo que era de la hermanita. La hermana depositó en él una cadena de oro y Vernantes un billete,—regalo de Noël. Al amanecer se presentó la muchacha con el desayuno y Vernantes le tuvo lástima. Toda la noche la había pasado haciendo conjeturas sobre la menor; creyó que aquella trataba de corromper á ésta; que la tenía á su lado por vía de especulación y se levantó, saliendo apresuradamente con intención de no volver.

Días después, se le ocurrió pasar de nuevo por casa de la *grisette*, á adquirir la prueba de la buena fé absoluta de Alina y reconocer la completa inocencia de la hermanita. Encontróse con que su querida de una noche estaba en cama, gravemente enferma. Le movió á compasión aquella *impureté* se convenció de la inocencia de la pequeña, buscó médicos, pero en vano. Alina murió á los pocos días. Quiso ser el protector de la muchacha; la obligó á rechazar las ofertas que le hiciera un amigo de su hermana, le dió consejos y la envió á su pueblo para que se procurase un matrimonio.

Trascurrió algún tiempo, cuando una noche se encontró con un amigo que acostumbraba reunir en su comedor á muchas *demi-mondaines* y servir de medio para la celebración de una unión. El amigo quería presentarle una muchacha que deseaba verle: ésta no era otra que Blanca, la hermana de Alina, vuelta á París y que vivía con un rico noble. Vernantes asistió á la comida, se divirtió muchísimo, con su antigua amiga, recordaron viejos tiempos y cuando después de la comida, la amiga le invitara á su casa, tomaron un coche; pero al llegar, Vernantes se acordó de los consejos que en otro tiempo había dado á la muchacha; le poseyó la melancolía; se veía entrar á un cuarto cuyo lujo le parecía odioso; creíase ligado á Blanca por un no sé qué de particular y de humano, de tierno y de triste. Así que, al invitarlo su amiga á entrar, le contestara, "No, mi hermanita" y que luego ésta, tomándole la mano y besándosela, le respondiera: "Ah! Gracias!"

Es esta, en pocas palabras, el contenido de los dos últimos fragmentos del diario de Vernantes, que conocemos, de escritos después de alejarse de aquella á quien niña no había querido tomar para sí; y á quien de mujer respetaba aún, á pesar de la condición en que se encontraba.

Joven, sus maneras femeniles le hicieron abandonar el cuarto, no queriendo ser testigo de una corrupción que juzgaba infame, y cuando por una casualidad pudo hacerla suya, retrocedió, la envió lejos de sí; como después, viejo, la desdeñó, en momentos en que era apetecida por los hombres de buen gusto.

Es á este estado á que llegan los hombres, á quienes una gran sensibilidad y análisis minucioso de todo lo que en ellos se opera, tornan inhábiles para asuntos en que es menester cierta firmeza de carácter, cierto desprecio á escrúpulos más ó menos fundados. Pero este *Hamletismo* sentimental de que habla el maestro, no se le debe imputar con fiereza á los que por herencia, por educación, por el medio en que se han desarrollado, son incapaces de sustraerse de él. Forman ellos la legión de los pobres de espíritu, de quienes dijo Véron que deben conformarse con tener su puesto asegurado en el otro mundo, porque en éste son unos animales inútiles.

ANGEL C. RIVAS

Noviembre

Medio envuelto en las brumas fugaces
del pálido invierno,
aparece Noviembre, el mes lánguido,
de límpido cielo.

Con él vienen los tristes recuerdos
de dichas pasadas,
las amargas y dulces tristezas,
que enervan el alma.

Las tímidas brisas se van desatando,
del bosque en el seno,
y en su trono de luz aparece
el poético ensueño.

De las aves canoras que, al bosque,
huyeron del frío,
alegría esparciendo, se escuchan
melódicos trinos.

Alegraos vosotras, las almas,
que os trae Noviembre
los recuerdos y dulces tristezas
y plácidos bienes.

Sólo á mí no me trae recuerdos
de dichas mejores,
pues en mi alma jamás han cabido
sinó decepciones.

LUIS LAGOS Y LAGOS

1895

Imprenta Nacional.